

creó, mediante la fusión de varios centenares de partidos y grupos locales, el Partido Nacional Revolucionario, lejana matriz del actual PRI. Lo que en definitiva se tradujo en una división destinada a no sanar nunca, un amor-odio perdurable, una hostilidad permanente, con paréntesis en algunas alianzas tácticas, entre los gobiernos «emanados de la Revolución Mexicana» y la clase media culta, destinada a aumentar con el desarrollo urbanístico y la industrialización de este siglo.

VII.

Recapitulemos: cuando la línea político-cultural, por la cual se puso de manifiesto el ascenso de los mestizos, es tomada por Molina Enríquez — quien cronológicamente está a caballo entre la prerrevolución, la revolución y la postrevolución—, se descompone en varias tendencias o corrientes, como hemos apuntado. En esas tendencias, por supuesto, son fácilmente captables las dos doctrinas «criollas» de Bustamante y Alamán, coincidentes ambas en la propugnación de un mestizaje definitivo, vehículo y protagonista de lo que hoy llamaríamos el fin de la historia de México, o inclusive de la historia sin más.

Empero, el haberse inclinado Molina Enríquez por la *indigenización* de criollos y europeos, en cuanto opuesta a la criollización de los indígenas, inclinó tanto la balanza por la parte de éstos últimos que la volcó y dio pie, como hemos visto, al indigenismo actual, aunque éste tomó otros rumbos. Por otro lado, un personaje influyente, como Manuel Gamio, no obstante que también él era mestizófilo, contribuyó a consolidar la tendencia indigenista en cuanto por sus estudios de antropología en el extranjero, y su contacto con Franz Boas, abrió en México otras perspectivas y enfoques sobre las culturas periféricas o marginadas.

Además, en el auge y ulterior hegemonía del indigenismo convertido en fundamento del nuevo nacionalismo —en sus varias versiones gubernamentales y no gubernamentales— fue decisiva la movilización de masas, sobre todo rurales, desatada primero, a finales del siglo, por la industrialización finisecular del trentenio de Porfirio Díaz, y sucesivamente, en los comienzos del siglo XX, por el hervor bélico («la fiesta de las balas», la llamó Martín Luis Guzmán) que estalló, ante todo, por efecto de la revolución de Madero, y después como resultado de la guerra civil de siete años. La consecuencia del épico paseo que seres humanos hasta entonces recluidos en sus comunidades, se dieron por el territorio (sobre todo en la fase de la guerra civil, cuando verdaderos ejércitos recorrieron combatiendo el país: Pancho Villa llegó a mandar sobre cincuenta mil hombres)

fue que los invisibles se hicieron visibles, y quienes no tenían ningún peso en la historia lo adquirieron. La irrupción física del pueblo bajo en la escena, con armas en la mano, no podía menos de acabar de teñir fuertemente de indigenismo la concepción de lo nacional.

VIII.

Suele decirse en México que primero se construyó el Estado y después la nación (lo mismo podría decirse de los demás países iberoamericanos, y desde luego, de los Estados Unidos, dicho sea de paso). Eso significa que, en principio, la nación ha sido obra del intelecto. Un intelecto afinado en el Siglo de la Luzes. Pero también significa algo más, de no menor importancia, a saber que, puesto que como nación somos todavía una obra inconclusa, seguimos siendo un país que aún va configurándose como obra de la mente, aunque en estos fines de siglo ya no ilustrada ni del todo racional.

Digo, porque a partir más o menos de 1940 (conclusión de la presidencia izquierdizante de Lázaro Cárdenas, primer año consumado de la segunda guerra mundial y fallecimiento de Molina Enríquez) se abre un ámbito al que en un primer momento hubiera llamado territorio parcialmente explorado, pero al que hoy llamaría territorio que es creado en la medida en que se cree explorarlo, o sea, en la medida en que se va pensando sobre él. Dicho de otra manera, pues México continúa, como en el principio, siendo una nación a la que se «hace» desde el intelecto, aparece como un espacio móvil cuya extensión está formada por definiciones o reflexiones que ya se sobreponen, ya se oponen, o, en ciertos casos, se quedan al margen o a la zaga de tal o cual tendencia, sin que todas ellas logren aún conformar un *ensemble* definitivo sobre cuya base sea permitido afirmar: esto, desde aquí hasta acá, es México. Quizá por eso entre nosotros todavía no existe de la nación uno de esos mapas resultantes de un buen cultivo de la historia de las ideas, en el sentido, por ejemplo, de un Isaiah Berlin.

Ha habido, por ejemplo, logros de cultura tan notables como la reflexión sobre lo mexicano que, abierta por Samuel Ramos en 1934, apoyado en Adler y el freudismo, ensaya un psicoanálisis de la nacionalidad. Esta meditación culmina en 1949 con *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, libro aún de lectura obligada. El célebre ensayo de Paz no es, dice su autor, «sobre una quimérica 'filosofía' del mexicano; tampoco una descripción psicológica ni un retrato. El análisis parte de unos cuantos rasgos característicos para enseguida transformarse en una interpretación de la

historia de México y de nuestra situación en el mundo moderno». La mirada de Paz es tanto más aguda por cuanto ha sido afinada por su vinculación apasionada con el surrealismo. Pero la *quimérica 'filosofía'* sobre lo mexicano se dio a principios de los cincuenta. Su meta habría sido, según uno de sus representantes, Emilio Uranaga, crear a manera de culminación «de los últimos cincuenta años» de filosofía mexicana «un humanismo que se estima como el reflejo más adecuado de las realizaciones de la Revolución Mexicana»: ese humanismo, dice, se ve hoy suplantado por un «humanismo» importado por la burguesía, que ya no se identifica con el otro, de «las metrópolis de las que es dependiente económicamente». De la filosofía propiamente dicha de lo mexicano, fue partero *riluttante* José Gaos, en cuya cátedra los participantes en el movimiento se hicieron de sus instrumentos, sobre todo la husserliana reducción fenomenológica. Algún fundador de esta corriente, por ejemplo, Luis Villoro, es hoy un exaltado defensor del neindigenismo de este último decenio del siglo.

IX.

Pero lo que importa subrayar aquí es que, por debajo de todo esto, y en lo que respecta al indigenismo, está implícito ese rechazo del poder de los caudillos, cuya primera encarnación es Vasconcelos, y junto con ese rechazo, otro más, de carácter más profundo, contra el liberalismo, puesto que era la *infraestructura* en la cual se apoyaba la gestión del poder post-revolucionario. Desde el momento mismo de la fundación del PNR (hoy PRI) se le sintió variante del mismo liberalismo que había alimentado a la dictadura de Díaz. Y junto con el liberalismo se rechazaba también la mestizofilia, ideología acompañante del ascenso de los mestizos.

Esta actitud generó en los años veinte, en el campo de las ciencias sociales, o más concretamente, en el terreno de los estudios antropológicos, donde por influencia de Franz Boas, se emprende una investigación centrada en el estudio de los grupos indígenas.

Ahora bien, entre las áreas ignotas de nuestra cultura, a donde no ha llegado la escarda de esa historia de las ideas arriba mencionada, ésta referida a la antropología es una de las menos cartografiadas. Yo no conozco ningún libro sobre la evolución de las ideas antropológicas en México. Lo deploro porque no puedo dar un bosquejo fundado acerca de cómo se desarrolló la corriente predominante: la antropología de izquierda. Sólo sé, por experiencia directa, que el fenómeno se dio, que los representantes de la corriente terminaron por ser hegemónicos en el Instituto

Nacional de Antropología e Historia, de cuya escuela literalmente se apoderaron, y que los antropólogos de campo, que convivieron en las comunidades indígenas, empezaron a enfocar su labor con criterios políticos de redención social de aquellos pobladores de México, los más excluidos de la vida nacional.

Este movimiento seguramente tiene como punto de cristalización ese momento cuando un comentarista de Molina Enríquez vio en la obra de éste la presencia de Marx puesta de manifiesto mediante la simple operación de cambiar el concepto de *raza* por el de *clase* (Luis Chávez Orozco, autor de una *Prehistoria del socialismo en México*, 1936).

En el marxismo latinoamericano el camino hacia la revolución no pasa necesariamente por los hitos históricos del marxismo clásico. En América Latina no existió nunca un proletariado industrial capaz de constituirse en portador de la revolución; al contrario, todos los grupos y todas las etnias, donde las hay, pueden ser sujetos revolucionarios, ninguno es *lumpenproletariat*. Mucho menos ahí donde los confines entre etnias y clases se han vuelto fluidos o borrosos. Tiene razón Basave, contra el *homo economicus*, o quizás al lado de él, en América se erige un *homo ethnicus*, sin excluir que ambos sean la misma cosa.

En torno a este núcleo se verificó, sobre todo a partir de la segunda postguerra, una conmixción de marxismo ortodoxo, pensamiento crítico a la manera de la Escuela de Frankfurt, antiimperialismo racial —en el modo de Franz Fanon y la corriente de la negritud (Senghor, Césaire)—, y maoísmo. A esto habría que añadir frutos de la reflexión —y la acción— continental nuestra como la obra del peruano José Carlos Mariátegui, quien maneja la metodología marxista con ribetes indigenistas, la conversión de Fidel Castro al marxismo-leninismo en su versión cubana, el quijotismo del Che Guevara, el movimiento tupamaro y *last but not least* la teología de la liberación, nacida al mundo en la Conferencia Episcopal de Medellín, Colombia, en 1968, y puesta en marcha por el brasileño Leonardo Boff y el peruano Gustavo Gutiérrez —acuñador éste del término—, que se proponía vincular el proyecto divino de la redención con la lucha contra los opresores. Si bien algunos de estos personajes y corrientes son posteriores a los hechos, todos ellos tienen algo que ver con el 68 en Italia, Alemania, Francia y México. Es decir, arrancan de las revueltas estudiantiles y su ideología, o las preceden. En México, donde como se sabe el conflicto del 68 desembocó en la matanza de Tlatelolco, el 68 puso al descubierto, más allá de toda discusión, la esencial hostilidad de la clase media ilustrada para con el régimen imperante de partido casi único. El heredero del liberalismo.

Volvamos a la antropología en sus relaciones con otras ciencias sociales, y mencionemos, ahora sí, muy a las volandas, la influencia ya en tiempos